

Francisco Bauzá: *Estudios literarios*. Colección de Clásicos Uruguayos, Biblioteca Artigas. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Montevideo, 1953 [1885], pp. 3-41.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA

Imposible estudiar a Figueroa, sin sentirse solicitado por tanta diversidad de afectos, como extendida y varia es la jurisdicción que su fantasía invasora se apropió en el mundo de las letras. Aseméjense sus obras, todavía inéditas en gran parte, a un campo prodigioso donde la naturaleza hubiese derramado toda clase de simiente, para hacerle producir con los más delicados arbustos, gajos malsanos y yuyos inútiles, formando de ese modo un abigarrado conjunto. A poco que se medite, empero, esta variedad no es tan espontánea como lo deja entender su condición aparente, sino que es una necesidad impuesta por la época y el escenario donde el poeta tuvo que desarrollarse; porque Figueroa, superior a sus contemporáneos en ilustración y gusto, debió sin embargo amoldarse a las circunstancias, para no pasar inapercibido como en otra esfera pasó Larrañaga, el más grande y el único hasta hoy desconocido de los sabios sudamericanos de su tiempo.

Si hay un espectáculo triste en la vida, es la lucha del talento contra la indiferencia pública, cuando el nivel intelectual del que emprende la batalla está tan distanciado del vulgo, que fatalmente se cierne entre regiones inaccesibles al alcance popular. Entonces sucede, de dos cosas, una: o se capitula, incorporándose a la turba y haciéndose perdonar la superioridad en fuerza de hablarle su lengua; o se resiste y se vive anulado, pero fiel a sí mismo, en el pedazo de mundo ideal donde no trascienden los reproches de la ignorancia. Aquél fue el caso de Figueroa, y éste el de Larrañaga, cuyos talentos, distintos en sus manifestaciones peculiares, si no les han reportado ni a uno ni a otro todavía la ventaja de ser juzgados como deben; han dado al primero la popularidad a cambio de sus concesiones, mientras al segundo le han dejado en el olvido por no querer conceder nada.

No se crea por esto, que es grande la ventaja que el poeta uruguayo lleva al naturalista su compatriota, en orden a la fama que uno y otro se merecen; pues si Larrañaga no ha pasado del concepto de *curioso* con que habitualmente se designa entre nosotros a los que acometen investigaciones que no constituyen una profesión lucrativa; Figueroa apenas goza reputación de versificador fácil, gracias a que se recuerdan de él algunas composiciones satíricas, no ciertamente las mejores. Lo que más vale de sus obras, y también lo que menos, yace inédito en los estantes de la Biblioteca Nacional; y allí permanecerá tanto tiempo como necesite el papel para tornarse de blanco en amarillo, que esa y no otra es la acción fumigante ejercida en todo país de

índole española por los archivos sobre sus materiales atesorados, viniendo a constituir una manera de osarios, donde se clausuran a prueba de contagio, los productos del ingenio que escapan a la escrupulosidad de algún coleccionista y no van a dar a manos de algún librero de viejo.

Hasta en no sufrir excepción a este respecto, es Figueroa prototipo de su país y de su época. Si el éxito le hubiera favorecido, no tendrían sus aventuras literarias y personales, ese interés dramático que las circunda, y que es, por decirlo así, como la envoltura necesaria de un producto genuino del suelo, cuyo sabor se presiente, porque no falta en las exterioridades ninguno de los signos característicos de la procedencia. Pero esta condición misma, a primera vista tan favorable, impone al crítico singulares miramientos para no equivocarse en las apreciaciones ulteriores. De seguro que si es muy atrayente para el observador, toda investigación literaria destinada a poner en claro la vida de uno de esos autores que caracterizan períodos históricos, también es gaje de seguridad para la crítica que el espíritu se identifique con la época a que pertenece el autor en cuestión; pues no de otro modo, ni de otro punto de vista, se puede llegar a una disposición de ánimo imparcial y amplia para decidir sobre su conducta. Figueroa necesita, más que ninguno tal vez, la aplicación de esta regla de criterio a sus obras. Porque siguiéndole al través de ellas, desde que empieza alentado por el vigor de la juventud, hasta que se detiene tropezando en los dinteles de la edad madura; se sigue a una edad y a una generación de hombres, cuyos entusiasmos y decaimientos han ido reflejándose en las páginas del maestro, necesariamente saturadas por las impregnaciones de la atmósfera respirable de su tiempo.

Nacido y educado durante la dominación española, adquirió ideas monárquicas en el seno del hogar, y rudimentos de instrucción clásica bajo las bóvedas sombrías del convento de San Francisco, edificio que es hoy para nosotros, recuerdo apenas de vetustas paredes derribadas, y que fue sin embargo, centro de sabios y manantial de nobles designios, allá cuando nuestros padres buscaban una patria con las armas en la mano. A impulsos de la disciplina monacal que procuraba la ilustración del espíritu con vigorosa porfía, nutrió el suyo Figueroa, adaptándose los primeros conocimientos que habían de hacerle hablista consumado, correcto versificador y gran latinista, para encarrilar su vena chispeante dentro de las formas típicas del clasicismo. Más tarde pasó a Buenos Aires, concluyendo allí su educación en el Real Colegio de San Carlos.

Con este bagaje literario, a veinte años de edad, y viviendo una vida apacible y holgada, sus convicciones políticas no habían sufrido merma, antes bien, se habían robustecido por la fuerza de las cosas, dentro de aquel período, tiempo de oro de la colonia, que medió entre el rechazo de las invasiones inglesas y el estallido de la Revolución de 1811. En vísperas de tal suceso estaba el país todavía, cuando renombrado por sus triunfos y desastres Montevideo, y objeto de grandes distinciones sus principales habitantes, acababa de nacer el

orgullo nacional bajo el estímulo del Rey que premiaba nominativamente los servicios de los criollos haciendo a la vez acuerdo de la heroicidad del país; y empezaban a tomarse medidas de todo género en la corte, que hacían esperar satisfactorios progresos materiales. Los adictos a la realeza, que no eran tan pocos como se ha supuesto, habían acentuado las manifestaciones de su fe monárquica con motivo de los acontecimientos que el año anterior se produjeran en Buenos Aires, y estaban orgullosos de poder justificar para su tierra natal el título de *fiel y reconquistadora* con que el gobierno hispano la había condecorado. Todo esto conspiraba a alentar el celo de la juventud afiliada al partido oficial, de modo que al estallar la revolución de 1811, que trastornaba los principios y las cosas admitidas, de pechos juveniles partió la primera protesta.

Figuroa se encontraba en el número de los que debían plegarse a esa voz de reprobación, y no vaciló en tomar su puesto en las filas de los realistas; pues “asustado – como él mismo lo dice – por el áspero sacudimiento y convulsión que el movimiento revolucionario hacía experimentar al antiguo orden social, se encontró colocado entre aquellos que pretendieron poner un dique con sus pechos al torrente que se desbordaba, sin dejar por eso de amar mucho a su tierra natal, y aun experimentar dobles simpatías a sus compatriotas libertadores”. Singular posición, y que sin embargo era la de todos los criollos realistas, destinados a defender al Rey sin poder execrar totalmente a sus enemigos!

Precedido de tales auspicios se reveló el poeta, encontrando tema a sus desahogos en la epopeya del sitio de Montevideo por las tropas revolucionarias. Ninguna ocasión como aquella, para que un súbdito de la monarquía, hijo al mismo tiempo del país donde se libraba el combate, diera vuelo a las concepciones del espíritu exaltado por las congojas del patriotismo; pero ni la edad del autor, ni la índole de su inspiración, correspondían a empresa tan ardua como la que indicaba el asunto elegido. Nada menos que un poema del género heroico, era lo que pedía la narración de aquellas aventuras guerreras que duraron veintidós meses entre los más variados episodios, y Figuroa no tenía ni el golpe de vista que permite formar el plan ajustado y correcto de un trabajo de tal magnitud, ni la inspiración alta y sostenida que engrandece los detalles sin prodigarlos. Su *Diario Histórico*, aunque corregido y limado muchos años después según confesión propia, resultó una apuntación minuciosa de los sucesos de cada día; una crónica versificada en que hay tantas noticias como hechos pasaron y pudo retener su memoria. Es cierto que él no dio a su trabajo mayor importancia de la que tiene, observando en el prólogo “que la minuciosa exactitud de la narración, como una traba molestísima al verso, haría sin duda perdonar los defectos de la estructura artística”; pero con todo, lo desmañado del método dispone a hacerle cargos, puesto que pudo resumir y concordar con más tino, los diversos y multiplicados sucesos que narró.

No carece de bellezas el *Diario Histórico*, y si su plan es criticable por lo

difuso, la versificación en general es fluida, y en ciertos lugares, bien que en muy pocos, levantada y noble. Las aflicciones del poeta se reflejan con mucha verdad al pintar los desastres de las armas del Rey, y suele expresar con tanto sentimiento la pena que le causa el incierto porvenir del país y la posible caída del poder monárquico, que la huella de su amargura queda impresa en los versos que la delatan. Con este motivo, las propensiones místicas que solieron asaltarle en el curso posterior de su vida, se vislumbran ya en algunas de las estrofas con que desahoga sus melancólicas inquietudes. También en otras, su espíritu festivo se revela sin quererlo, cargando el tinte cómico sobre ciertos episodios que por su ridiculez se prestaban a la risa. De todos modos, era natural que así sucediese, porque como quiera que una obra de largo aliento abarca siempre un período considerable de la vida individual, es imposible que al fin no se reflejen sobre ella las condiciones geniales del autor, en la medida que el tiempo las va poniendo a prueba y por sucesión de emociones que nacen muchas veces de la naturaleza misma del asunto.

Rendido Montevideo a las armas revolucionarias bajo una capitulación que había de violar el general vencedor, encontráronse comprometidos seriamente todos los que eran afectos al gobierno español; por lo cual muchos pusieron su salvación en la fuga, y entre ellos Figueroa que fue a dar a Río Janeiro, donde permaneció bastante tiempo, agregado a la Legación española. Allí despicó el fastidio poniendo a su *Diario Histórico* una introducción que respira patrióticos rencores por todos sus poros; y escribiendo varias composiciones descriptivas bajo el título de *Cartas poéticas* que pueden servir de modelo en su género. Son varias esas cartas, y el interés político e historial de unas, la crítica social y la narración de las aventuras personales del autor que contienen otras, las hace muy estimables. Del punto de vista de la composición, Figueroa muestra en ellas aquel empeño de versificar sobre temas forzados que más tarde fue uno de sus gustos predilectos, concluyendo las estrofas con títulos de dramas, comedias y sainetes conocidos entonces, y a primera vista ajenos al asunto que se relata, pero que de paso dan una idea de lo que se sabía sobre teatros en este hemisferio.

Por supuesto que el estado de su ánimo y el centro social donde vivía, se prestaban a excitar sus disposiciones satíricas, de manera a darle pretexto para encontrar tipos criticables. De este número fueron un maestro de escuela agraviador de cierto amigo suyo, una vieja hablantina que tenía una hija marisabidilla, y otras gentes por el estilo. Escritas en portugués esas composiciones, parecen tener un mérito mayor del que intrínsecamente tienen, a causa de la gárrula sorpresa que produce en los que hablamos castellano el lenguaje enfático de los compatriotas de Camoens, pero a la verdad no están a la altura de las del mismo género que más tarde publicó contra diversos sujetos. Por otra parte, el tono subido de algunas de sus proposiciones, dejan mucho que desear a las exigencias de la moralidad literaria, que si es ridícula cuando raya en gazmoñería, tiene en todos los casos por límite el pudor. Desgraciadamente Figueroa no hacía más que trillar aquí los lindes del camino

que debía conducirlo tan lejos en la huella dejada por Quevedo y proseguida después con triunfante marcha por Emilio Zola, y demás miembros del naturalismo en boga. Es verdad, que en su testamento literario, el poeta manda expresamente que tales composiciones no sean publicadas, pero ¿a qué las coleccionó entonces?

Vuelto al país, para correr algunas de las vicisitudes que trajo la lucha contra la dominación portuguesa y presenciar el triunfo irrevocable del alzamiento nacional, pudo creer que despuntase una época de actividad en las esferas intelectuales, como parecía anunciarlo el renacimiento de todo un pueblo. Mas aquellas ilusiones, si las tuvo, no habían de esperanzarle mucho tiempo, porque el período de las contiendas civiles abierto con tanto furor como tendencias de perpetuidad, llamó la atención pública por entero sobre las armas e hizo de la guerra el objeto predilecto de sus solicitudes. La nación que había perdido ya el más considerable de sus centros de saber con el convento de San Francisco, prosiguió marchando sobre el plano inclinado de la ignorancia, a un embrutecimiento que hubo de dejarla sin ciudadanos aptos para llenar las funciones electorales dentro de la modesta exigencia de saber leer y escribir que impone su ley fundamental. Excepción hecha de Montevideo, en los demás centros poblados, si había alguna escuela de primera enseñanza era regentada por el párroco, dado caso de que existiesen templo y párroco, porque ni todos los pueblos tenían templo, ni los párrocos eran tan abundantes que pudieran corresponder a uno por cada pueblo.

Pero si bajo cierto aspecto, semejante estado social no se compadecía con el estímulo literario; bajo otro, un numen cultivado y ardiente tenía campo para remontar la inspiración hasta las más altas regiones del lirismo, puesto que la situación giraba todavía dentro del momento histórico en que el pueblo uruguayo había consumado el acto más glorioso de su vida, y estaba dándose en espectáculo a la América para consolidar su obra. Con torva frente y en violenta fuga, habían cruzado la frontera para ir a decir al emperador del Brasil y al gobernador de Buenos Aires que nuestro suelo era inconquistable, tres ejércitos vencidos sucesivamente, en Haedo, Sarandí y Cagancha, por el pueblo rudo que aquilatando en mayor precio la libertad que la vida, no regateó su sangre ni sumó el número de los individuos que le retaban a combate. El primer Presidente constitucional había visto desaparecer en horrorosa lid, las esforzadas huestes charrúas que aún señoreaban los confines del territorio patrio. El segundo, había hecho sentir el poder de su espada en los campos de Carpintería, volviéndola a la vaina sólo cuando la batalla del Palmar le arrebató junto con las insignias de mando el lauro de la victoria. Tales acontecimientos, englobados en el transcurso apenas de quince años, daban asunto a la inspiración, cualquiera que fuese el punto de vista político en que los compromisos de partido obligasen a colocarse al poeta.

Con no tomar la actitud que correspondía en ellos, mostró Figueroa carecer de las dotes que constituyen un poeta lírico; pues a excepción del *Himno*

Nacional, que tiene estrofas dignas de ser recordadas por su valentía, y de la *Oda a la Escarlatina* que es una bella imitación bíblica, no produjo nada que arrojase de sí esos lampos con que la inspiración remeda los sacudimientos del espíritu humano, cuando se cierne sobre la frente de sus elegidos. En jerga festiva, saludó la libertad de vientres decretada por la Asamblea Nacional, poniendo en boca de los negros una letrilla encomiástica; cantó después la *Inundación de Maciel* en estilo poémico, y con una *Media-caña* patriótica despidió las huestes de Echagüe que huían en desbande. Unos versos insustanciales a la muerte de Bernabé Rivera, precedieron el *Canto a Mayo* que es muy prosaico, al cual siguió posteriormente el cuadro del *Ajusticiado* que es una mala imitación del *Reo de muerte* de Espronceda; y aquí plegó sus alas el cisne. En cambio, su mala estrella le condujo a condescendencias que transformaban la metrificación en oficio y la inspiración en cosa aplicable a cualquier objeto, produciendo versos a destajo, que forman en la colección de sus poesías un fárrago de acertijos y charadas, de botellas y copas dentro de las cuales hay estrofas sin elevación ni sentido, arregladas a las depresiones materiales del tiesto, y como avergonzadas por el compromiso de ocupar sitio tan mezquino.

Esta época aciaga de su musa, sirve para demostrar los beneficios que una instrucción sólida reporta siempre a toda inteligencia bien dispuesta. Aunque abandonado a sus propios esfuerzos, sin rivales ni censores, Figueroa no se despeñó a las profundidades de la esterilidad pretenciosa, e hizo de su parte lo que pudo por reaccionar contra sí mismo, emprendiendo algunos trabajos de aliento, ya festivos, ya serios, según vino la ocasión. En los de género festivo, bien que su inspiración anduviese generalmente a pocas varas del suelo, naciendo de las cosas que le rodeaban y viniendo a constituir como un modelo versificado de ellas, reía con facilidad, haciendo reír a los demás por lo espontáneo de sus chistes. Algunas veces sin embargo, resulta demasiado fuerte el condimento con que salpimentaba las bromas, para que no se conozca el empeño que le trabajaba en provocar la hilaridad a cualquier precio. Dominando el idioma, sin ser ni amanerado, ni oscuro, decía, empero, las cosas con sencillez, y empleaba de corrido una cantidad innumerable de términos que demuestran la posesión que tenía de la lengua y sus riquezas. Por ello es que nunca fue esclavo del consonante, apareciendo en todos los casos espontáneo el giro de su metrificación, por más que no lo fuera siempre el sentido íntimo de sus versos.

Sobre lo que él mismo pensaba algunos años más tarde, de estas composiciones y otras de igual cariz, puede sacarse la cuenta por la siguiente advertencia que les puso al hacer su selección en 1846: "Como las mujeres feas – dice – suelen encubrir su deformidad con el lujo y adornos, así yo deseo que todas estas mezquinas composiciones salgan adornadas con viñetas vistosas, alusivas al asunto que ellas contienen". Deseo que pudo ver satisfecho en parte, cuando emprendió por sí, hacia el año de 1857, la publicación del *Mosaico Poético*, poniendo a concurso el feísimo surtido de viñetas de la imprenta del *Liceo Montevideano*, que era la casa editora.

En un orden más elevado, los trabajos serios que acometió, son dignos de recuerdo y abonan su buen gusto. La desesperante sencillez del *Sacris Solemnis* y la majestuosa elevación del *Dies Irae*, le tentaron a extremo de hacer de estas dos composiciones religiosas una traducción que en nada desmerece de los originales. Tradujo también el salmo *Super Flumina*, varias *Lamentaciones* de Jeremías y el *Stabat Mater*, vertió en dos formas distintas el *Te Deum*, versificó el *Padre Nuestro*, e hizo de la *Salve* una paráfrasis, el mayor trabajo de su índole que tenga la lengua castellana. A estas traducciones que acusaban perseverante trato de asuntos religiosos, precedieron y siguieron varias composiciones originales de extracción mística, que pintan el estado de ánimo del poeta, afligido singularmente por la afección que después de haberle tenido a las puertas de la muerte, inspirándole hasta un epitafio para su sepulcro, le robó la voz para siempre.

Colocado ya en el carril de una reacción tan beneficiosa, volvió sus ojos a los estudios clásicos que habían sido la puerta por donde entrara a la literatura en los años juveniles. Era Horacio su poeta favorito, y en el esmero con que le traducía se ven las huellas de esa afición no desmentida nunca. Tradujo de él, las odas a Mercurio y a Mecenas, la Canción secular, y las odas a los romanos y a Augusto volviendo de España; algunas de ellas con tan rigurosa economía, que el verso castellano resulta calcado casi sobre igual número de palabras que el original. También hizo por esos tiempos varias composiciones didácticas de su propia cosecha, como ser el *Alfabeto de los niños*, en el cual cada letra lleva una estrofa alusiva a las glorias nacionales o a nombres y hechos históricos del extranjero, y los *Signos del Zodiaco* en décimas explicativas. Pertenecen al mismo género aunque de fecha posterior, las *Reglas para el juego del Mus* y de la *Báciga*, en que el autor confiesa que la poesía se ruboriza de prestarse a combinaciones tan mezquinas.

Esta multiplicidad de trabajos, agregada a un diluvio de estrofas incipientes que acostumbraba a lanzar anualmente en tarjetas para los aniversarios patrios, y a centenares de epigramas, muestran lo inagotable de la facundia de Figueroa, e inclinan el ánimo a lamentarse de tan profuso derroche. Porque con ser tan rara y peregrina una buena dotación intelectual, impone a su dueño deberes superiores, para que le sea tolerado malgastarla sin protestas de los demás, que tienen derecho a gozar en parte y por vía de indemnización los frutos ubérrimos que les defrauda la imprevisión o la holgazanería. Más perjudicial aún el despilfarro de la inteligencia que el del dinero, cuando menos éste se transmite de unas manos a otras para circular siempre; mientras aquélla se consume con quien la tiene, sin que sus derroches sirvan para producir otra cosa que el decaimiento moral en derredor de sí.

Como quiera que sea, durante estas oscilaciones de su espíritu, Figueroa había dado con un género en el cual nadie ha podido igualarle hasta hoy, y del que es decididamente inventor. Nos referimos a las *Toraidas*, o sea narraciones

versificadas de las corridas de toros. Para pintar en toda su deformidad esta clase de espectáculos, conviene decir previamente alguna cosa sobre ellos. Forma la parroquia habitual de las corridas, el más inapropiado público que pueda darse. Vecinos honestos que se desvanecerían ante las perspectivas de matar un animal cualquiera en su casa; profesores de derecho natural que sostienen la inviolabilidad de la vida en todo organismo dotado de actividad voluntaria; médicos que se compunguen de las enfermedades de los animales y enseñan a los veterinarios a curarlas; economistas que toman a punto de honra defender la industria pecuaria, católicos sinceros que leen con atención reverente aquel precepto del Deuteronomio que dice: “no verás el buey de tu hermano o su cordero, perdidos, y te esconderás de ellos: volviendo, los volverás a tu hermano”; en fin, personas nerviosas y caritativas, de todo linaje y condiciones, se sientan en las gradas de piedra del hemiciclo, y esperan alegres el sangriento espectáculo, después de haberse recíprocamente informado con el más correcto ceremonial inquisitivo sobre la salud de todos los suyos. Y estos filántropos, cuya condición humanitaria trasciende a sus doctrinas, resultan como tocados de epilepsia al sonido de la corneta que anuncia la aparición de unos cuantos chulos ridículamente pergeñados, electrizándose hasta delirar, cuando estos con esguízaro lengüeteo ofrecen por complemento de sus maniobras unas cuantas bestias muertas a puntazos y cuchilladas.

Entre los argumentos de mayor socorro con que los taurómanos defienden su causa, sobresale aquél que presenta las corridas de toros como una escuela de virilidad para los pueblos. Es de advertir, sin embargo, que sometida la afirmación a un análisis experimental, queda pulverizada. Porque nunca hubo nación donde se corrieran más toros que en España, y si se observa que bajo Fernando V esa faena era una diversión de la nobleza y bajo Fernando VII llegó a ser un arte popular para cuya enseñanza se abrieron cátedras subvenidas por el Estado; resulta que en el país clásico del toreo, la virilidad pública ha ido en razón inversa de los progresos tauromáquicos. Ni sabríamos explicarnos tampoco, aún cuando no mediase ese hecho decisivo, qué clase de influencia hubieran podido tener sobre los guerreros españoles que pelearon y vencieron fuera de su país, desde Gonzalo de Córdoba hasta O'Donnell, la vista de las corridas de toros, a que sólo por excepción les permitió concurrir su accidentada y trabajosa vida de soldados.

En nuestra sociedad, como en todas las sociedades humanas, han existido siempre dos corrientes de ideas; la una, que tiende a conservar todo lo antiguo, y la otra que tiende a reformarlo todo. Con este motivo, las plazas de toros han tenido sus defensores y sus enemigos, aunque dicho se está que hasta hoy los primeros han vencido a los segundos. Conviene advertir empero, que desde tiempos lejanos hubo personas que miraron de reojo la tauromaquia, y tan es así, que allá por los años de 1838 o 39 cantaba Figueroa lo siguiente, en una *Toraida Romántica*:

Grita Mendo
que es horrendo,
que es infando,
ver lidiando
racionales
y animales;
que es un juego
musulmán:
Y el vestiglo
diz que el siglo
de las luces,
dio de bruces
sin decoro
porque hay toro:
¡Qué pasiego!
¡Qué patán!

Figuroa se enojaba mucho con *Mendo* porque éste criticaba la tauromaquia. — ¿Pero qué decía *Mendo* o sea el partido anti-tauromáquico, para hacer enojar de tal suerte a nuestro viejo y ronco vate? — Decía entonces lo mismo que dice ahora. — Decía que es una irrisión llamar heroicidad, a la lucha de diez o doce hombres armados hasta los dientes, contra un desvalido toro que ya viene encandilado, hambriento y estropeado del redil, para morir hecho trizas en la plaza. — Decía que en un país ganadero no debe declarársele una guerra insensata al animal que precisamente constituye, desarrolla y fomenta la riqueza pública. — Decía que el espectáculo de una corrida de toros, no es ni con mucho un cuadro de costumbres civilizadas, que pueda colocarse a la vista de un pueblo nuevo, desgraciadamente hartado dispuesto a las lides sangrientas. — Decía en fin, otras muchas cosas por este estilo, que le valieron entonces, y le valen hoy aún los dictados de pasiego y patán!

Mendo está por lo tanto en plena derrota. La zambra y el bureo han podido más con sus atractivos febriles, que las filosóficas y tranquilas reflexiones de los amigos de la hueste toruna. Y en verdad que las emociones de una plaza de toros, no son para desperdiciadas, por las gentes que entienden lo que es el placer de gozar. ¿Dónde hay nada más hermoso que un caballo destripado a la primera embestida? ¿Qué emoción igual a la producida por un toro que salta la valla y pone en aprietos a los entusiastas mirones que no contaban con aquel lance omitido en el cartel de anuncio? ¿Qué cosa comparable al revuelto mar de un populacho furioso, que se subleva porque los *bichos* no son bastante bravos, es decir, porque ni siquiera han matado a un lidiador y a una media docena de caballos? ¿Y no es acaso el *non plus ultra* de la delicia, ver a la turba llegar en un día clásico a toda la altura de su iracundia, arrojándose sobre los toreros, sacando a los toros de la cola e incendiando el circo?

La prosa es impotente para describir toda la grandeza de un espectáculo semejante. A no tener la poesía el atractivo secreto de la rima, la estructura férrea de la estrofa, el fugitivo destello de la inspiración, no fuera tampoco digna de cometido tan excelso. Pero afortunadamente la poesía taurina y el poeta que debía crear este género estaban destinados a nacer sobre el suelo uruguayo. Oigamos a Figueroa cantar la heroica jornada popular que obligó a la autoridad a prohibir por muchos meses las lidias de toros, con profundo sentimiento de una gran parte de la población. Habla el poeta:

En plena posesión como unos reyes
estábamos del circo, en paz profunda,
cuando violando las taurinas leyes
se amotinó una plebe furibunda;
y sobre si eran toros, o eran bueyes,
hubo escándalo, asalto y barahunda,
hasta que allí volar vieron mis ojos
tablas, sillas y bancos por despojos.

Yo vi ultrajada en el saqueo infando
la pica de Palanca... ¡oh, lance fiero!
pica que honrara el noble Villandrando,
¡y en qué manos!.., en manos de un lechero!!!
Vi una ninfa en gran riesgo reclamando
contra el vulgo frenético y grosero,
yo la vi, en un tablón que se derrumba,
como el ángel de luz sobre la tumba.

A Repollo y Violín llamaba airado
el vulgo en el furor que le enajena;
mas el violín estaba destemplado
y el repollo cual blanda berenjena.
Asustados los dos, bajo el tablado
¿quién sabe lo que hacían en tal pena?
¡Ay, no salgas, escóndete Repollo,
que eso sería echarle trigo al pollo!

Allí vendióse en bárbara subasta
y a vil precio la espada de García.
Dulces vi por el suelo en caldo y pasta,
y una lluvia de almendras y arropía.
Un confuso tropel, de varia casta
¡A la mosca! y *¡al mono!* repetía
y al boletero asaltan con encono;
mas ya estaban en salvo *mosca* y *mono*.

No puede describirse con más propiedad en cuatro estrofas, un lance tan sonado y tan terrible. Todas las peripecias de la lucha, están marcadas con precisión maravillosa. La tranquila actitud de los espectadores antes de la gresca; lo inesperado de la rebelión popular; la transformación en pájaros de las sillas, tablas y bancos para volar sobre la cabeza de los toreros, la deshonra del picador Palanca, Bayardo de la tauromaquia, a quien un lechero había quitado sus armas; los apuros de García condenado a presenciar la bárbara subasta de su espada vendida a vil precio; la resignación de Repollo y Violín, acurrucados bajo el tablado, haciendo quién sabe qué; y por último, las profundas vistas del boletero, poniéndose en salvo a tiempo con la *mosca*, como si presintiera que por allí debía concluir obligatoriamente la función y toda función comenzada de esa manera; dan una idea bien cumplida de lo que es un lance de tal laya. ¡Y pensar que hay quien quiera prohibir al pueblo goces tan inocentes!

Por fortuna, cúpole también a Figueroa la gloria de reducir a una expresión mínima y casi ridícula los escrúpulos de los enemigos del toreo, demostrando que más gentes mueren de beber agua fría y comer pepinos a la noche, que toreros sucumben en la lid. Bien que el argumento peque por inexactitud relativa en los términos de comparación, porque agua fría y pepinos toma todo el mundo, mientras que toros sólo lidian unos cuantos hombres; parece sin embargo, que la mayoría quedó encantada con una proposición tan clara. Batieron palmas de contento los amigos de la tauromaquia, y se sintieron abrumados sus enemigos a punto de no poder, ni con la fe de bautismo en papeles. *Mendo* fue hundido en esta última batalla: ya no se le consideró digno de ser tomado en cuenta, ni siquiera como ente racional. Es difícil resistir a la tentación de copiar las tres estrofas, en que Figueroa arroja a tierra y da la última trompada en la barriga a su enemigo. Escuchad:

¿Y no admiras, no sientes, no te late
el corazón de orgullo y de contento,
al ver que un racional resiste, abate,
y postra al fin de un bruto el ardimiento?
¿Quién al mirar el hórrido combate:
de una parte el furor, de otra el talento;
aunque el grave espectáculo le asombre
no saldrá envanecido de ser hombre?

Si a esto llaman locura, otras mayores
se ven en las naciones ilustradas,
que cual gallos preparan gladiadores
para el circo feroz de las trompadas.
Roma vio cuatrocientos Senadores
y un Soberano andar a las puñadas,
contemplándose aquellos muy felices
con perder sólo un ojo, o las narices.

Los riesgos se ponderan... ¡desatinos
son que un ciego terror se forja en vano!
Más víctimas se llevan los pepinos
o el agua fría en tiempo de verano.
De mil formas se muere... los destinos
no es dado contrastar al triste humano
¿y quién sabe si a veces son los bueyes
fatídicos ministros de las leyes?

Ya lo sabéis, hombres incrédulos, que afectáis negar la evidencia. Los toros son, una vez lanzados al circo, no sólo orgullo del hombre y estímulo de sus más levantadas acciones, sino ministros fatídicos de las leyes. ¿Pero de qué leyes?... ¡Valiente pregunta!... de las leyes divinas!... De lo que se sigue, que cuando en nuestros tiempos, fue corneado de refilón y en parte carnosa el capa *Cotorrita*, se cumplió una ley divina con él, pues *Cotorrita* estaba destinado por adverso sino a que el toro magullase su enteca y alígera persona!

Las *Toraidas* son notables por el movimiento y variedad de sus episodios, puestos de relieve con chispeante gracia. Hasta el título que las distingue inspira risa, pues las hay que se llaman *Sansimonianas*, otras *Peladas*, otras *Cortas*, etc. No se hable del verso, que en todas ellas es fresco y abundante. Figueroa, taurómano de ley, no se limitaba a pintar los incidentes y comentarlos, sino que de paso filosofaba, aprovechando toda oportunidad para defender su diversión favorita. Así es que en la plaza de toros, era él la primera autoridad aunque asistiese al acto el Presidente de la República; y entre los toreros gozaba reputación de Mentor, que no era ciertamente usurpada. ¡Lamentable empleo del talento en cosa tan baladí!

Matizaba por entonces estos pasatiempos literarios, con traducciones del italiano, del francés y del catalán, generalmente trabajadas sobre asuntos sentimentales; pues por una de esas contradicciones frecuentes del espíritu, así como su musa juguetona, a semejanza de los niños cuando les fuerzan a estarse graves, se volvía torpe hablando en serio; así también como ellos, al fingir la calidad de que carecen, buscaba el modo de vencerse asumiendo por cuenta ajena el continente grave en los textos que elegía para traducir. Por medio de estos trabajos, adquirió bastante soltura en el manejo de los idiomas y dialectos extranjeros de que se auxiliaba, llegando a versificar por cuenta propia en ellos repetidas ocasiones. Mas estuvo lejos de apasionarse de galicismos y extranjerías en el estilo, achaque peligroso de los que cultivan lenguas extrañas con ahinco, y antes bien, se mostró inaccesible a tales novaciones satirizándolas en una letrilla titulada *El hombre de importancia*.

Corriendo así los tiempos, vino el Sitio Grande a poner a prueba las aptitudes políticas y guerreras del gobierno a quien servía el poeta, y la resistencia moral y física que era capaz de hacer el pueblo de Montevideo

contra la miseria y la muerte. Aquella situación desesperante, en vez de abatir, endureció el temple de los hombres, a punto de hacerles tolerable la vida con un *minimum* de subsistencias que desconcierta los más sutiles cálculos fisiológicos, al mismo tiempo que les acostumbraba a un menosprecio de los peligros, que hoy parecería jactancioso desafuero. Así dispuestos los ánimos, todo apocamiento era materia de crueles burlas, de manera que hubo contagio de valor, como lo hay de peste o de miedo en otras circunstancias. Reflejóse pues, sobre los pensamientos y las acciones más sencillas, aquella arrogancia marcial ingénita a la condición en que vivían los sitiados, y no escaparon las letras de la influencia del medio ambiente cuyas emanaciones sabían a pólvora.

Solicitado Figueroa por necesidades muy grandes, se abandonó a su espontánea pintura, con una verba y un lujo de dicción, que no había ostentado antes ni volvió nunca más a ostentar. Su empleo de Bibliotecario sin sueldo ni público leyente, y el que posteriormente le dieron de Tesorero General, en unos tiempos en que sólo la cortesía covachuelista podía suponer tal tesoro; sirvieron de espuela a su vena satírica, inspirándole romances y letrillas que no se pueden leer sin sentirse uno transportado a la época que las provoca, y darse por conocido con los tipos a quienes clava el aguijón. Sin embargo, con ser de los más populares, no son estos trabajos los que han acarreado al poeta mayor fama, sea porque su tinte característico les contraiga demasiado a un teatro y época bastante lejanos de la nueva generación, sea porque doloridas aún las fibras de los que sufrieron en uno y otro bando, por acuerdo prudencial recíproco, se eche un velo sobre aquellos cuadros que pintan a lo vivo acontecimientos tan inolvidables. Es de creerse que hay de todo ello un poco, y algo también de extravío artístico en tal indiferencia hacia unas composiciones, que por ir vaciadas en romances y letrillas, pasan a los ojos de muchos como harto ligeras para llamar la atención pública.

Y esto no obstante, el Romance y la Letrilla, son los dos canales por donde corre copiosa y fácil la lengua española. Tomando esa forma poética, se desprende nuestro idioma de la pompa y hasta de la rudeza con que se auxilia en la Oda o la Octava real, menesterosas siempre del estruendo que producen las palabras fuertes al redondear una idea atrevida o un pensamiento sublime; así como de la acompasada entonación de la Décima y de la Quintilla, que si bien sirven para fijar en el vulgo ciertas ideas por la uniformidad musical de la estrofa, son también más adecuadas que ningunas para encubrir los defectos con el relumbrón de la sonoridad. En el Romance, muy al contrario, la índole misma de los asuntos que congenian con esa metrificacón, dispone el verso a la dulzura, lo echa dentro de una corriente de afectos que ora lleven a la risa o al llanto, son siempre expresados con fluidez y conservan el encanto de una irreprochable unidad. Y algo parecido sucede con la Letrilla, que como miniatura primorosa, es un auxiliar irreemplazable en ciertos casos.

Los que desprecian ambas construcciones, entienden que la sencillez de su atavío las hace demasiado vulgares, y tal vez harto claras para manifestar las

ideas. Pero estos tales olvidan, que cuanto mayormente sencilla y fácil es la manera de expresarse, suelta la frase, claro y tocante el concepto de quien se expresa, tanto más largos y penosos esfuerzos intelectuales le ha costado la adquisición de ese método. Versificadas o no, las ideas en cuanto a su transmisión artística, están sujetas al mismo plan, diseños, toques y elaboración que todas las obras humanas. Incubadas en el espíritu, maduras por la razón, corregidas por la experiencia, limadas por el gusto, salen a luz después de un trabajo que es tanto más grande, cuanto más se oculta a los ojos del público. De ahí que la difícil facilidad de decir claro, constituya el menos apreciado, a pesar de ser el más culminante de los recursos del arte literario.

Figuroa usó con éxito completo las dos formas de metrificación que motivan nuestro aplauso, en las composiciones aludidas. No tienen precio sus Romances de entonces a varios ministros, y las Letrillas de actualidad política con que satirizó diversos acontecimientos de la época. Dio también muestra de la fuerza que tenía para el Anagrama, haciendo varios en latín y castellano, en italiano y francés, tomados de nombres propios, como fueron los que envió al Papa Pío IX, y los que hizo a varios personajes del gobierno. Incapaz, con todo, de omitir ningún recurso aprovechable para la sátira, se valió también de los anagramas para aplicarlos a sus enemigos políticos. He aquí entre otros, uno que dirigió al cónsul francés señor Pichon:

Le sage Consul Théodore Pichon !
Hélas ! est un cochon opilé d'orge.

El Sitio Grande había convertido a Montevideo en un centro literario de mucha importancia. Casi todos los hombres de letras argentinos, huyendo la tiranía de Rosas, se encontraban refugiados dentro de la ciudad sitiada, y ora en la prensa, ora en círculos y certámenes, propagaban sus ideas políticas y literarias con el crédito de un verdadero descubrimiento. Generación pródicamente instruida en las universidades y experimentada además en la vida pública, traían a este país aquellos hombres un cuantioso bagaje intelectual, y se acompañaban de una juventud todavía ignorada pero entusiasta, que siguiendo sus huellas y su ejemplo, venía a constituir una vanguardia intrépida siempre pronta a llevar doquiera el pensamiento y las aspiraciones de su tierra nativa. Figuroa se sintió atraído a este núcleo luminoso, del cual partían destellos afines con los que brotaban de su alma, y cultivó relaciones cordiales con los emigrados, que a la vez tasaron las suyas en alto precio. Florencio Varela le inspiró a él un respetuoso y acendrado cariño, y él inspiró a Juan María Gutiérrez aquella amistad tierna que más tarde se hizo pública con la profecía de que “si se hundiese Montevideo, el Cerro y Figuroa serían los dos rastros que asegurasen a las generaciones futuras su existencia”.

El trato frecuente de tantos literatos y publicistas, a la vez que inauguró para Figuroa ese artístico vagabundaje al través de las imprentas, desde entonces costumbre de los que adolecen el prurito de escribir en esta tierra; despertó las aficiones que adormecía en su ánimo la falta de estímulos,

llevándole a concluir y limar algunos de los trabajos de aliento hasta entonces involucrados entre el revoltijo de sus papeles. A este número pertenece con especialidad, el poema joco-serio *La Malambrunada*, cuyos esbozos nacieron en otro de igual género titulado *La Carlinada*, que escribió durante su estadía en San Carlos bajo la dominación portuguesa.

A todo rigor, *La Malambrunada* es una parodia, no porque plagie para ridiculizarlo algún trabajo de otro, sino porque ridiculiza una escuela y un estilo empleando la forma epopéyica con motivo de un asunto trivial. Malambruna, Vieja viuda de irritadas pasiones, concibe la idea de formar una conspiración de sus congéneres contra el bando de las jóvenes hermosas, y adelanta los primeros pasos de su proyecto, convocando a reunión, por medio de un enjambre de brujas, a todas las que comparten sus odios contra la juventud y la hermosura. Concurren las viejas al local de la cita, y después de larga disputa, resuelven tener consejo en un bosque cercano. Las jóvenes, entretanto, inspiradas por Venus, se juntan a su vez, nombran por general a Violante, dan la batalla y derrotan a las viejas, que para ejemplo inmortal se vuelven ranas. Tal es el argumento de este poema, dividido en tres cantos, y abundante en situaciones cómicas y perfiles intencionados de muchos tipos montevideanos, que si no resultan más a las claras, tal vez se deba a la influencia ejercida en sus retoques por el mesurado consejo de Florencio Varela, a quien consultó sobre este punto el autor, según reza una nota de su puño que aparece a medio testar en los originales.

En cuanto al fondo moral de la obra ¿por qué no decirlo? a nosotros no nos gusta. Toda tendencia a ridiculizar lo que es respetable, se nos antoja descomedida y aviesa; y siendo la ancianidad digna de respeto, mucho más en la mujer viuda cuyo desamparo inclina a la compasión, parece indigno del talento de un hombre, emplear sus armas mejor templadas en zaherir a quien no tiene más defensa que su propia debilidad. Ciertamente es que Figueroa advierte en algunos lugares de su poema, que no pretende insultar a las señoras respetables sino a las viejas casquivanas; pero ¿cómo distinguir la eficacia de esa excepción, en un cuadro que pone del lado de las casquivanas a millares de mujeres, mientras que en la felicitación a las jóvenes vencedoras sólo menta *cien* matronas? De todas maneras, ni el argumento ni su desarrollo, por original que el uno sea y por primoroso que el otro resulte, satisfacen a la crítica de buena índole.

Ya se deja entender, que si el ánimo del poeta encontraba oportunidad en tales asuntos para solazarse; su temperamento satírico, excitado por el ejercicio de la burla había de dar en otra forma el residuo que le dejaba semejante excitación. De ahí que coincida esa época con la de su mayor apogeo en el epigrama, instrumento de burlas en cuyo empleo supo rayar a grande altura. Jueces y médicos, abogados y mujeres presumidas fueron el tema común de sus ataques; sin que por eso se le escaparan otros tipos sociales, cualquiera que fuese su flaco.

Todo esto parece indicar que Figueroa tuviera un espíritu maligno, pero examinada su vida y relaciones sociales, no hay nada que autorice a tal afirmación. Porque generalmente la malignidad proviene de contrariedades mal sufridas, que van dejando en el alma como un sedimento de rencores, prontos siempre a rebullir y desbordarse contra el primero que se presente; y Figueroa no tenía, en cuanto se sabe de él, ninguna penalidad que le afligiese más allá de lo tolerable; mostrándose por lo contrario, tan alegremente resignado en sus pobreza, tan respetuoso al hablar de los suyos, tan pródigo en elogiar a los principiantes y tan dócil al consejo ajeno, que ni envidia ni rencor se notan en las explosiones sinceras de su musa. El ánimo se inclina a creer pues, que muchas de sus sátiras son un resabio de las predilecciones de la antigua escuela española tan fecunda en ese género, que él se veía en el caso de imitar, mortificado por la esterilidad de un teatro, en el cual antes que vivir, vegetaba solitario, a vueltas con el fardo de una superioridad que le equivalía al tesoro que llevase sobre sí un hombre perdido en el desierto.

Por lo demás, si existiesen dudas sobre su resignación, las desvanecerían por completo los siguientes pasajes copiados del prólogo que puso a su *Diario Histórico* al donarlo al gobierno nacional: “Cuarenta años van a cumplirse después de concluida esta obra del Diario histórico del sitio de Montevideo, — dice — escrita día a día por mí, en la actualidad y en presencia de los sucesos; y posteriormente corregida y aumentada. Las diversas guerras que después de aquella época ha sufrido el país, y las largas conmociones políticas que le han agitado, han sido un obstáculo a su publicación, que además me sería muy dispendiosa... Hoy que la República mira restablecida y afirmada su tranquilidad y ve en perspectiva un porvenir de progreso y de unión; hoy que he obtenido del gobierno constitucional que rige sus destinos, la honorífica jubilación de mi empleo de Tesorero General que muchos años he servido; he querido hacer a la patria la donación de mi pobre obra, fruto no bien sazonado de mi primera juventud; para que ocupando un lugar en la Biblioteca Nacional, sirva como de repertorio a los curiosos que quieran enterarse de los detalles, incidentes y sucesos diarios, de aquel memorable sitio llamado de los *veintidós meses*... El ilustre guerrero y patriota, Presidente actual de la República, se ha dignado aceptar con distinción honorífica mi ofrenda dedicada a la Nación; mandándola colocar en la Biblioteca *en lugar preferente* mientras llega la oportunidad de darla a la luz pública”.

¿Será necesario decir, que ni aquel *ilustre guerrero y patriota*, ni los demás que le han sucedido encontraron hasta hoy esa oportunidad con que el poeta soñaba, cuando viejo y achacoso, depuso a los pies de la patria que tanto había amado, las primicias de su juventud aventurera y entusiasta? Pero de todos modos, lo que cumple a nuestro propósito demostrar, queda demostrado sin réplica. No tenía Figueroa malignidad crónica de espíritu, no le movía la vanidad ni le atormentaba la envidia. Sus sátiras, que por otra parte son en la casi totalidad impersonales, provenían más bien de resabios de escuela que de

malevolencia propia. Además, todas las que se refieren a asuntos políticos entroncados con las contiendas civiles de su tiempo, llevan en los originales una marca, indicación de que no se publiquen. Tantas precauciones, denuncian un corazón exento de rencores personales.

Sin embargo, hay en la humildad de su resignación un fondo de amargura que no pasa inapercibido a la mirada escudriñadora de la crítica, y que es como un reproche con que el poeta castiga la indiferencia de sus contemporáneos. ¿Qué diría si supiera que se le mira hoy con más despego que antes? Probablemente una sonrisa burlona interpretaría su opinión sobre esta época presuntuosa que a todo trance quiere falsificar títulos, para entrar en la historia con el de erudita y amante de las letras. Pues si nunca como ahora, hubo mayor comercio de papel y tinta en la República, tampoco la fiebre de escribir y disertar proporcionada a tan extraordinario consumo, dio en ningún caso muestra de persistencia más ineficaz que en nuestros días. Ligeramente ataviados y como para descargarse de un caso de conciencia, lanza la prensa diaria, único libro que leen con gusto los uruguayos, multitud de trabajos de corto aliento, anónimos o firmados, festivos o serios, rabiosos o bucólicos, recorriendo todos los tonos del teclado del sentimiento desde el idilio hasta el canto épico; y narrando en todos los géneros permitidos a la composición, desde el melodramático que espeluzna hasta el chismográfico que también es un género y forma una escuela de las más divertidas, según el común sentir de los aficionados a él.

Esta abundancia de producción literaria, que se asemejaría a un movimiento si no fuese un barullo, tiene sus conatos de apuesta y forcejea por salir del día, con tal de ocupar la atención pública una hora y extasiarse en el goce inocente de haberla sacado de sus habituales quehaceres, con ocasión de proporcionarla un solaz intelectual, que para los lectores gratuitos de diarios se transforma en solazo, supuesta la necesidad de leer a la intemperie el número que cada imprenta pega a su pared respectiva. Pero así como es de breve el espacio que se dedica a la lectura indicada, así es también de fugaz la impresión que ella deja en el ánimo de sus apasionados. Aquél que por la mañana leyó junto con cuatro o seis artículos contra el Ministerio y las Cámaras, dos o tres composiciones literarias en prosa o verso, a la tarde lo tiene todo olvidado, menos seguramente, lo que concierne a los ministros y diputados, que eso no lo olvida nadie en este país tan desmemoriado para otras cosas.

De manera que la literatura, excepción hecha de unos pocos que toman el asunto en serio, viene a ser para la generalidad un entretenimiento inofensivo, a que toda persona medianamente educada está en el caso de contribuir para diversión propia y del vulgo; mientras los literatos, que forzosamente deben prestarse a mantener viva tan singular inclinación, han de estar prontos a llevar la delantera a todos, con el fin de conservar el entusiasmo de las masas. Por supuesto que en estas condiciones, el anónimo es circunstancia requerida para mejor efecto de lo que se escribe; porque todo nombre propio sobre dar ya

carácter personal a las ideas emitidas, no deja en el ánimo aquellas dulces ambigüedades de la duda, que se prestan a atribuir caritativamente la composición, si es mala, al primero que ande en desgracia con la opinión corriente; y si es buena, no a su autor, sino a otro cuyo crédito se empeñen las gentes en levantar.

Semejante conducta vigoriza esa medida, por decirlo así de orden público, que establece para la producción literaria un proceso de nulificación tan regular como uniforme, siendo por lo tanto obvio que Figueroa haya caído dentro de *las generales* de la ley vigente, siquiera por razón de oficio y achaques de consanguinidad, lo imperativo del mandato, empero, no llega hasta cerrar el paso a un discreto y natural curioso; de modo que sin ofender las susceptibilidades de la época ni quebrantar sus exigencias disciplinarias, puede un mortal atreverse a ensayar el estudio de las producciones del viejo poeta y hasta aventurarse a abrir juicio sobre ellas. En tal supuesto y habiendo hecho ya lo primero, aprovechemos la oportunidad y el permiso para concluir por lo último.

En la formación de las nacionalidades, el primitivo arranque que constituye un hecho material, lo tiene la fuerza, conquistando la porción de tierra que una raza necesita para vivir independiente. Pero la sanción moral del hecho, su perpetuidad adquirible en la región de las ideas, lo provocan las letras, historiando, comentando, justificando la expropiación de aquello que el heroísmo arrebató en el campo de batalla. Entran pues en toda operación de esta magnitud, como elementos esenciales y recíprocamente complementarios, la fuerza que anonada y la que levanta el ánimo, la que se impone sin dar razón de su autoridad, y la que busca la autoridad del espíritu para explicar la razón de sus actos. Planteada así la cuestión — que tampoco puede plantearse de otro modo — en el caso concreto de nuestra independencia nacional, Artigas y sus compañeros, Lavalleja y los suyos, son la fuerza inicial, la causa generadora de nuestra existencia libre; y Figueroa, es la fuerza moral propagadora de las excelencias de ese hecho. Aquéllos en las armas y éste en las letras, complementan el acto, entregándolo a la posteridad rodeado del esplendor del heroísmo y garantido contra el olvido de los hombres.

Y aquí no hay hipérbole. En todas partes del mundo acontece, que las letras salvan del olvido a los pueblos y a sus héroes. ¿Quién sabría hoy nada de unos cuantos reyezuelos oscuros de la antigua Grecia disputándose una ciudad aún más oscura llamada Troya, a no ser por Homero? Pues en la misma línea de probabilidades, nosotros no tendríamos el pensamiento auténtico de lo pasado a no haber existido Figueroa para transmitirlo a la posteridad, con todo el sabor de simpatía o tirria, de entusiasmo o desencanto que inspiran los acontecimientos ocurridos en el país natal a sus propios hijos. Apartando pues, toda otra consideración sobre mérito literario, desde luego Figueroa tiene el muy grande de haber sido el fundador de nuestra literatura.

Los defectos de carácter con que su personalidad se destaca, no amenguan en nada los títulos que tiene conquistados a la gratitud pública. Porque si excepción hecha de los portugueses, cantó a todos los mandatarios desde Carlos IV hasta Berro, y aplaudió a todas las situaciones según les soplaban el aura veleidosa de la popularidad; debe tenerse presente que vivió en los tiempos más difíciles que el país haya tenido, trabajado su ánimo por inquietudes sin cuento, y sin poder formarse un criterio acabado en materias políticas que nunca constituyeron el fuerte de sus miras. Educado bajo la dominación española y en el gremio aristocrático que era el nervio de la sociedad colonial, se encontró perdido y aislado luego que la Revolución le arrancó de aquellos vínculos, para lanzarle en medio de una sociabilidad dislocada por banderías irreconciliables, que trastocaban las profesiones y los papeles, convirtiendo en hombre político y en soldado a todo ser viviente, y exasperando los odios por la culminación de responsabilidades que dictaba sin réplica el capricho de los partidos. Pero nunca su pluma se vendió al que más diera, ni su estro se cebó en la desgracia del hermano vencido; que en él las veleidades fueron flaqueza de ánimo, y no manantial de lucros y provechos.

De cualquier punto de vista que se miren sus cambios de opinión con respecto a los hombres, contéplase íntegro en el fondo su amor a la patria, cuya suerte le preocupó siempre, en la buena como en la mala fortuna, sin reticencia que deje lugar a la duda. No se explica de otra manera su dedicación incansable al estudio, que ninguna compensación brillante podía darle, a menos que no fuese la esperanza de deponer sus frutos, dentro de las perspectivas de un porvenir lejano, en el altar literario que pudieran levantar generaciones que no habían nacido. Y bajo los nobles dictados de esta aspiración, no cabe duda que trabajó sus mejores obras, trazando de paso algunas de las pocas líneas artísticas que presenta el cuadro histórico de su tiempo, e implorando con ellas una justificación de su persona, digna de no pasar inapercibida entre el torbellino de tantos sucesos. La posteridad le tendrá en cuenta, debemos esperarlo, servicios tan señalados; y cuando suene tranquila y vibrante la hora de las grandes recompensas nacionales, su estatua se alzará entre las de los más ilustres campeones de la Independencia, por que él también contribuyó a conquistarla.

En otro sentido, la generación actual tiene mucho que aprender de este poeta, cuyas facultades intelectuales disciplinadas en profundos y clásicos estudios, le dieron fuerza para mantenerse solo en la escena, a despecho de la intransigencia de una época reñida con toda especulación literaria. No que nosotros pertenezcamos exclusivamente a ninguna de las escuelas que hoy se disputan el campo en el mundo, pero sería futilidad negar que son esfuerzos vanos los de aquéllos que luchan por producir algo notable, debatiéndose contra la pobreza de un bagaje vacío, y meramente confiados en los prodigios de una imaginación calenturienta. Si Figueroa se hubiera encontrado en este caso, sus producciones no habrían rayado más allá de lo que rayaron las de

ciertos payadores, de cuyos vestigios se encuentra alguno que otro rasgo en el *Parnaso Oriental*; pero precisamente les superó y se impuso porque tenía ligaduras de sobra con que maniatar a *la loca de la casa*, para conducirla en vez de dejarse conducir por su capricho.

Propiamente no pertenece Figueroa a una escuela determinada, pues si bien clásico por sus estudios, aparece ecléctico en el curso de su vida, tomando asunto para la inspiración doquiera que pudo encontrarlo. Realista en las *Toraidas*, romántico en algunas de sus composiciones amorias, vació en forma clásica sus poesías religiosas y muchas de las festivas y satíricas. Esto demuestra que el estudio no es jamás un obstáculo a las disposiciones del ánimo, sino que las afina y temple, corrigiendo los extravíos idiosincrásicos, pero nunca matando las vocaciones características. También cuando es concienzudamente hecho, tiene el estudio la ventaja de no inducir la inteligencia a imitaciones serviles, sino que facilitando la asimilación, da al poeta y al escritor, fuerza de estilo, vigor de expresión, riqueza de imágenes, y en suma, un lote precioso con el cual viste sus ideas sin plagiar las ajenas.

De estas condiciones, digámoslo por comprometido que sea enunciarlo, carecen en su mayoría los literatos uruguayos. Nuestra literatura no es todavía lo que puede llamarse una literatura nacional. Subyugada por la autoridad de los modelos del romanticismo europeo que ella se ha dado, sus producciones se asemejan más bien a una planta de invernáculo mañosamente conservada por el artificio, que a la flor lozana, de nacimiento espontáneo, cuya vida se vigoriza por los ardientes rayos del sol. Ese espíritu de imitación tan pronunciado, y esa escasez tan grande de verdadera originalidad, es lo que postra a las letras uruguayas, pues las obliga a falsificar el sentimiento nacional, lanzándolas en las corrientes de una inspiración ajena a los deseos populares. El pueblo que no se ve retratado, ni se siente aludido en sus instintos por los poetas o los prosistas que se dicen sus hijos, les abandona a la indiferencia, pues ni los entiende ni le conmueven. Condenado a escuchar decepciones mentidas, o cánticos triunfales a episodios que no conoce, mal se aviene a discernirles un aplauso que sólo podía arrancarle la interpretación de sus sentimientos propios, el culto de sus héroes, la traducción de sus aspiraciones íntimas.

La poesía, sobre todo, vive una vida precaria en el país por excelencia poeta. Nuestros bardos — hablamos de los románticos puros — se admiran de encontrar el vacío a su alrededor, después que han preludiado en su lira magníficas reminiscencias de Byron, Víctor Hugo y Lamartine; pero no caen en cuenta que ese vacío es hijo de la ausencia de toda solución de continuidad entre el sentimiento del que canta y el alma de los que escuchan. Es necesario el cielo nebuloso de la Inglaterra y la opulencia de un lord desencantado, para entender a Byron; Víctor Hugo requiere frente a sí un pueblo oprimido y un Bonaparte, para que sus inspiraciones conserven todo el vigor de la oportunidad; y el cortejo de Lamartine deben formarlos dos grandes aspiraciones contrariadas, a saber: los recuerdos monárquicos de la infancia y

las esperanzas republicanas de la virilidad, batallando sobre un espíritu destrozado por la duda. Transportar, pues, semejantes escuelas literarias que traducen la situación típica de sociedades envejecidas, al seno de un pueblo joven; pastor y andariego en su mayor extensión, belicoso y aventurero por la naturaleza de su condición profesional, varonil por sus ejercicios, crédulo por su mocedad; es un error craso.

Destarando a Magariños Cervantes que ha hecho algunos esfuerzos dignos de loa por nacionalizarse, y a Zorrilla de San Martín que después de darnos en su *Leyenda Patria* la profesión de fe patriótica de la generación actual, nos promete con *Tabaré* el arquetipo del poema épico uruguayo, los demás hombres de reputación formada, han desdeñado inspirarse en motivos que creen bajos, o los han desnaturalizado al versificarlos; y si algunos jóvenes hacen tentativas hoy para dar a la inspiración poética un giro nacional, ni esa empresa ha pasado los límites de cuadros campestres en los cuales se pone en boca del gaucho una jeringoza que él no habla, ni el público ha protegido tales manifestaciones que cuando menos anuncian las primeras armas en favor de una independencia literaria. El estacionamiento de nuestra poesía, pues, es un hecho evidente, que se constata con la lectura de nuestro mejores poetas: la forma y el fondo de sus producciones, el sentimiento que las dicta, y hasta el ideal a que aspiran, no es nuestro. Buscad en medio de todos esos versos, un destello del heroísmo clásico de los charrúas, o del ansia de libertad que fermenta en el espíritu del gaucho, o la reminiscencia del sordo retumbar del Océano que baña nuestras costas, o la impresión causada por el aspecto de los desiertos campos cuyo vacío interrumpe alguna cruz que indica el sepulcro de un semejante, o la aglomeración de piedras que denuncian un campamento prehistórico, buscad, que buscaréis en vano. Hermosos versos, bellas armonías, cadencia, inspiración, todo eso encontraréis; pero en todo eso echaréis de menos a vuestro país que no es el que os pintan.

La importancia de Figueroa está precisamente, en que es uruguayo siempre. Hay algo local, característico, peculiarmente nuestro, en su estilo, en sus giros, en todo lo que ha producido. Sobre sus páginas parece advertirse el reflejo, o la estratificación, si así puede decirse, de lo que nos es más habitual y querido. Son nuestros conocidos, nuestros amigos, nuestras costumbres, nuestras veleidades, nuestros devaneos los que pasan al través de esos millares de versos suyos que leeremos con mayor o menor buena voluntad, pero que no podremos dejar de leer una vez emprendida la tarea de ojearlos. Lástima grande que el aserto no pueda ponerse a prueba por todos, supuesta la reclusión a que se hallan condenadas las obras del poeta; pero si a reparar tamaña injusticia pueden contribuir en algo estas líneas, recíbelas ¡oh maestro! como un tributo merecido a tu memoria!